

**"LA FE ACTUA POR EL AMOR" (GAL 5,6).  
ITINERARIO IGNACIANO HACIA UNA VIDA MAS  
RELIGIOSA, UNIFICADA Y AFECTIVA**

**José M<sup>a</sup> Rambla S.J.**

**Introducción**

Tres anhelos bullen intensamente en el interior de muchos cristianos de hoy, sobre todo seglares, sacerdotes, religiosas y religiosos consagrados a actividades apostólicas: el deseo de experiencia de Dios, la búsqueda de la unidad en sí mismos y en el conjunto de sus relaciones y la aspiración a una plenitud afectiva que supere los efectos de una acción despersonalizadora y extenuante o de una actividad intelectual árida. Estos anhelos corresponden, de hecho, a tres rasgos de la sociedad actual que son otros tantos desafíos a una vida cristiana en profundidad: la *opacidad* del mundo (secularización de la sociedad, cultura de la increencia, irrelevancia pública de la religión y de la Iglesia...); la *fragmentación* de la vida (pluralidad de pertenencias, atomización de compromisos, pluralismo ideológico y eclesial, disgregación interior...); la *dureza y frialdad* de la vida actual (injusticia, anonimato, economicismo, utilitarismo...). La vida cristiana -vida de solidaridad interhumana en el mundo- ha de ser, sin embargo, experiencia religiosa, debe

procurar la unidad en la búsqueda del Reino de Dios, ha de ser vida del corazón. Tal vez la tensión entre las características de nuestra sociedad descritas y las aspiraciones profundas del cristiano expliquen la intensidad de estos anhelos.

Ignacio de Loyola comprendió la vida espiritual como una orientación *total* de la existencia y no sólo como la ejecución de *prácticas* espirituales. En consecuencia, sus *Ejercicios Espirituales* ofrecen una pedagogía que responde plenamente al deseo de vivir la vida entera de forma más religiosa, más unificada, más afectiva. Dedicaré, pues, la mayor parte de este artículo a presentar la pedagogía espiritual de los *Ejercicios*. Así, en la conclusión, podré deducir una serie de orientaciones que ayuden a prolongar en la vida ordinaria (después del retiro) la sabiduría espiritual práctica que en ellos se propone.

#### 1. "Quien no ama no conoce a Dios" (1 Jn 4,8)

A pesar de ser una verdad elemental que el amor es el único motor de unidad espiritual -"la fe operante por el amor" (Gal 5,6)-, sin embargo la pedagogía *espiritual* no se centra corrientemente en el amor, sino en *prácticas* (algunas de ellas tan importantes como la oración), que no son el mismo meollo de la vida cristiana. En cambio, el adiestramiento espiritual que Jesús aplicó a sus discípulos tuvo como eje el amor: amor a Dios y al hermano, amor a los más pequeños de manera prioritaria, amor a los enemigos, amor con hechos, amor realista (que comprende lo espiritual y lo material, lo temporal y lo trascendente), amor inspirado en la vida y obras de Cristo, amor como distintivo cristiano, amor a los pobres como medida del *éxito* verdadero de la vida cristiana... De aquí que la enseñanza apostólica concentre todo su mensaje en el amor: el cumplimiento de la ley es el amor (cfr. Rm 13,10), y el amor

es el verdadero conocimiento vivo de Dios (cfr. 1 Jn 4,8).

La pedagogía espiritual ignaciana, coherente con esta práctica neotestamentaria, es una *iniciación* en el amor cristiano. El mismo Ignacio fue reconocido por uno de sus ejercitantes como "maestro de amor" (Gaspar Contarini), y los *Ejercicios* son una educación de la afectividad o "escuela superior del amor de Dios", según un comentario clásico alemán. En efecto, lo que se pretende en ellos es una experiencia inmediata del amor de Dios:

"Que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza" (EE, 15).

A lo largo de los Ejercicios, el amor que procede de Dios deberá dirigir al ejercitante en sus opciones, tanto las más fundamentales (elección de un estado de vida) como las más particulares (el modo de orientar concretamente el trabajo, la economía, el apostolado, etc.). Así el ejercitante, en el momento central de la elección, debe prestar suma atención a:

"que el amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa descienda de arriba, del amor de Dios nuestro Señor" (EE,184).

Del mismo modo debe proceder a la hora de tomar decisiones más particulares, como en el caso de distribuir bienes materiales, ejemplificado en el caso de "distribuir limosnas":

"que aquel amor que me mueve y me hace dar la limosna descienda de arriba, del amor de Dios nuestro Señor" (EE,338).

Esta vivencia de amor, que es el alma de los Ejercicios, debe marcar tan profundamente al ejercitante que, al salir del largo retiro de treinta días, ha de ser capaz de convertir toda su vida en amor,

traducido en servicio a Dios y a los hombres. En el último ejercicio, al final de toda la experiencia espiritual, se pide al Señor la gracia de "en todo amar y servir" (EE, 233), que, según la mente ignaciana, significa: amar con obras en toda situación y con entrega total.

Este sentimiento, que anima íntimamente al que ha practicado con fidelidad los Ejercicios, se manifestará luego en una forma de vivir tan unificada que le permita integrar todo su ser y todas sus capacidades en un mismo amor a Dios y a los hombres: "a El en todas (las creaturas) amando y a todas (las creaturas) en El" (*Constituciones*, 288). Este tipo de vida en el amor, sólo realizado perfectamente por Jesucristo, es una *existencia en Cristo*. Por esto los *Ejercicios* son cristocéntricos, es decir, son una ayuda a transformar en realidad existencial más plena la condición bautismal. Cristo, pues, será, en toda la experiencia espiritual del retiro, y luego en la vida de cada día, el centro del corazón y de la actividad del ejercitante.

Esto es, a grandes rasgos, el objetivo que dirige la pedagogía de los *Ejercicios*. A través de ella se puede llegar a una actitud de fe más profunda en la vida ordinaria, a una existencia más unificada en medio de la multiplicidad de tareas y solicitudes, a una forma más afectiva de realizar el seguimiento de Cristo en el compromiso cotidiano. Ignacio llega a afirmar (en una carta a un hombre entregado generosamente al apostolado y al servicio a los demás, pero preocupado por la distracción y sequedad de su vida) que el cuidado de "las cosas temporales" puede ser algo "espiritual" y que "las distracciones tomadas por mayor servicio" de Dios y del prójimo superan en valor a la contemplación "como procedentes de más violencia y fuerte *caridad*" (Carta a Manuel Godinho, 31 de enero de 1552). Ve-

mos, pues, los pasos más importantes de la pedagogía ignaciana para alcanzar el objetivo descrito.

## 2. Mistagogía ignaciana

### 2.1. "Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso" (Mt 6,22)

Dado que el amor ha de ser el motor y principio unificado de la vida espiritual, la cuestión vital es: ¿cómo crecer en el amor?

#### 2.1.1. Centrar la propia vida sólo en Dios

Partiendo siempre de la iniciativa totalmente gratuita de Dios, que nos ama y nos capacita para amar, una línea de la mistagogía ignaciana corresponde a la tarea de *centrarla* propia vida en Dios: "el ojo de nuestra intención debe ser simple" (EE,169). Ya antes de empezar los Ejercicios, hay que prepararse "con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así, de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad" (EE,5). Esta actitud teocéntrica se irá afianzando en el *Principio y Fundamento*, donde se considera que "el hombre es criado para alabar, hacer reverencias y servir a Dios nuestro Señor" (EE, 23). En la fidelidad práctica a esta orientación de la vida se halla la plenitud de la existencia: "salvar su ánima" (EE, 23).

#### 2.1.2. Empeñar todo el hombre con todas sus relaciones

La polarización del corazón en Dios no es un deslizamiento hacia ninguna forma de intimismo -*Dios y yo*-, sino una orientación intencional y real de *todo el ser*: "el hombre" (EE, 23); "querer y libertad... per-

sona... todo lo que tiene" (EE, 5). Pero no sólo todas las dimensiones del ser, sino también *todas las relaciones* con las otras personas y las demás cosas han de integrarse en esta orientación radical del hombre hacia Dios: "todas las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado" (EE, 23). Porque en Dios, centro de la existencia humana, el cristiano ha de encontrarse también con el *mundo*, puesto que el Dios revelado por Jesús es *Dios de los hombres* (Emmanuel) y es *Dios que actúa en la historia* (reinado de Dios). Por consiguiente, el punto de arranque del adiestramiento ignaciano es: busquen primero su reinado y su justicia, y todas esas cosas se les darán por añadidura" (Mt6,33).

### 2.1.3. Una tarea que es gracia

El esfuerzo, sin duda requerido, no es suficiente, ya que orientar efectivamente toda la vida hacia Dios es gracia y, por tanto, debe ser objeto de una petición constante. Por eso el recorrido de los *Ejercicios* está atravesado por la constante "oración preparatoria" que ha de preceder a todos los tiempos de oración y expresa en forma de petición el deseo sincero de que Dios sea el centro total de la vida:

"Pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad" (EE,46).

De este modo, el deseo, el esfuerzo personal y la súplica insistente cooperan en conseguir que, de hecho, Dios se enseñoree de la vida del ejercitante, es decir: Dios y su reinado de amor.

Esta actitud, que deberá cultivarse continuamente, animará la vida ordinaria del cristiano y la unificará. Para Ignacio, "quienes buscan el reino de

Dios y su justicia" son "aquellos que divididos no están". Estos, a su vez, son los que "tienen fijos los dos ojos en lo celestial", es decir, en Dios y en su reinado de amor (Carta a Pedro Contarini, agosto de 1537). Escribía estas palabras a un hombre que, daba su condición de vida, no podía de momento renunciar del todo a sus bienes y vivir el grado de pobreza que deseaba. Porque lo decisivo para el cristiano no es una forma u otra de vida, sino que la opción que uno toma y la manera de vivirla estén siempre regidas por la *búsqueda eficaz* del reinado de Dios.

## 2.2. *¡Viva el corazón, de los que buscan a Dios!* (Sal 69,33).

### 2.2.1. Evangelizar el corazón

Como hemos visto, la orientación de la vida hacia el reinado de Dios no debe limitarse, obviamente, a una intencionalidad puramente interior, sin obras concretas. Ahora bien, la eficacia o ineficacia de dicha orientación dependerá en último término de los afectos: "Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón" (Mt 6, 21). La vida espiritual consiste, de hecho, en "la disponibilidad total para vivir radical y profundamente enamorado, para vivir definitivamente seducido" (Josep M<sup>a</sup>. Lozano). Por eso, el largo recorrido espiritual que proponen los *Ejercicios* tienen como objetivo la conversión del corazón, la evangelización de la afectividad. Ya que tratar de que los afectos se centren en Dios y su reinado será la garantía de un resultado eficaz de la experiencia espiritual.

Para que se tome conciencia cabal de este objetivo, Ignacio advierte por dos veces, en la introducción de los *Ejercicios*, que la tarea espiritual propuesta en ellos se centra en la afectividad:

"Preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas" (EE, 1).

"Ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea" (EE, 21).

Por tanto, la labor de los ejercicios es una actividad afectiva: "sentir y gustar" (EE, 2).

2.2.2. Desde el aborrecimiento del mal y del pecado al sentimiento de la misericordia y el amor de Dios

El proceso de conversión del corazón es gradual. En primer lugar, conviene desprenderse de aquellos afectos que nos aprisionan en el mal y en el pecado: sumergirse en la experiencia *afectiva* de la realidad del mal para *sentir* realmente la *misericordia de Dios*. Por tanto, por un lado, "vergüenza y confusión", dolor y lágrimas", "aborrecimiento"...; por el otro, "misericordia", "dar gracias", preguntarse "qué he de hacer por Cristo"... En una especie de radical "cambio de sentido", la experiencia afectiva inicial *-primera semana-* consiste en el paulino "aborrecer el mal y adherirse al bien" (Rm 12,9).

2.2.3. Dejarse mover por el amor "que desciende de arriba"

Como la conversión de la afectividad ha de hacerse cada vez más profunda, el curso de los *Ejercicios* ofrece distintas ayudas para ello. Esta tarea, de modo general, ya está prevista en las anotaciones preliminares a los Ejercicios. En éstos se advierte que conviene precaverse ante los sentimientos sólo aparentemente buenos (EE, 14) y que hay que luchar contra las inclinaciones personales, aún no integradas en la voluntad divina y que podrían desviar de la senda evangélica (EE, 16). Sin embargo, en el ejercicio de los *binarios* (EE, 149-157) esta tarea tiene un punto



de especial intensidad, pues se dirige a hacer frente a un posible apego afectivo a alguien o a algo que pueda obstaculizar el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios. La transformación de la afectividad consiste, pues, sustancialmente en un *éxodo*, desde la esclavitud del corazón atenazado por el mal y el pecado, hacia la tierra prometida del verdadero amor que nace de Dios: "Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuando saliere de su propio amor, querer e interesse" (EE, 189).

### 2.3. "Yo soy el camino, verdadero y vivo" (Jn 14,6)

La clave del progreso cristiano -decía más arriba- es el crecimiento *en Cristo*. Consciente de esta verdad fundamental, Ignacio la pone como fundamento de su edificio espiritual, de modo que el ideal de vida cristiana propuesto por él es la identificación con Cristo. El ejercitante encuentra en El el único camino para convertir su existencia, a la vez, en gloria del Padre y en servicio de los hombres: amando a Cristo y todo lo que él ama, el corazón del ejercitante va *purificándose* hasta conseguir que le mueva el amor que viene de Dios ("que desciende de arriba"), al tiempo que su *amor humano* va inflamándose de modo cada vez más intenso. Veamos cómo se realiza esta cristificación a lo largo de los Ejercicios.

#### 2.3.1. Cristocentrismo

Cristo es la perfecta realización y revelación de una existencia consagrada plenamente a la gloria del Padre en la salvación de los hombres. Al comienzo de los *Ejercicios*, el mismo Cristo en cruz nos revela la dimensión del pecado y del mal y la infinita misericordia de Dios, que por nosotros "no perdonó a su propio Hijo" (Rm 8,32). Una vez el ejercitante se ha adentrado en esta experiencia liberadora de

la misericordia, ya se halla preparado para poder dar una respuesta plena a la llamada del Señor que le convoca a la tarea del Reino. Así en la segunda, tercera y cuarta semanas contempla al Señor que realiza el Reino *haciendo y padeciendo* y, finalmente, participa en el triunfo y el gozo del Resucitado. El contenido cristocéntrico de los *Ejercicios* no es, pues, ni más ni menos que la quintaesencia del evangelio. Sin embargo, la aportación pedagógica del librito ignaciano consiste en la articulación de materias y modos de orar, junto con orientaciones para el discernimiento y para el fomento de aquellas disposiciones personales que permiten realizar la cristificación de la vida. Esta *mistagogía* puede compendiarse así, usando expresiones ignacianas: *conocer internamente, amar, seguir* (cfr. EE, 104).

### 2.3.2. "¿Me amas?" (1 Jn 21,16)

Toda la actividad contemplativa, apoyada en las disposiciones generosas del ejercitante que implica todo su ser y llenan el día entero, va orientada en primer lugar hacia un "conocimiento interno"; es decir, hacia un adentrarse mediante la fe en lo profundo del Señor, cuya vida y acción están íntimamente relacionados con la existencia de cada uno -"por mí se ha hecho hombre" (EE, 104)-. Este conocimiento de Cristo por sintonía o connaturalidad introduce en la intimidad del Señor, en sus móviles, en sus afectos, en sus maneras de ver, etc., y transforma progresivamente el modo de ver y de sentir del que contempla. Pero el conocimiento es ya un *inicio de amor*, puesto que éste va desplegándose poco a poco, a medida que el ejercitante avanza en el "conocimiento interno", que, a su vez, implica la afectividad del ejercitante. Finalmente, el amor conduce al *seguimiento* de Cristo, entendido como identificación viva con el Señor, que busca siempre hacer la voluntad del Padre realizando su obra del

Reino (cfr. Jn 4,34), más allá de la simple fidelidad a unas exigencias éticas.

El ejercitante, a la escucha del Señor en sus largas horas de oración, acompañadas de una ininterrumpida atención a los movimientos que el Espíritu suscita en su corazón, trata de descifrar la pregunta que el Señor le dirige de un modo totalmente personal: "¿Me amas?". A la respuesta afirmativa del ejercitante, el Señor añade un doble encargo que no es más que la doble cara de una misma realidad: "apacienta mis ovejas" (es decir, entrégate a mis/tus hermanos) y "tú, sígueme".

#### 2.4. "Tú, sígueme" (Jn 21,22)

El punto central, aunque no final, de los Ejercicios es la *elección de estado* o, en el caso de que el ejercitante ya haya realizado una opción definitiva (por ejemplo, está casado o es sacerdote), la *enmienda o re-forma* (es decir, restructuración) de este género de vida ya asumido (EE, 169-189). En todo caso, se supone que la llamada del Señor al seguimiento tiene un carácter totalmente personal e irrepetible: "tú, sígueme". Por tanto, la elección, que es la respuesta personal y concreta a la llamada de Jesús, no se realiza por la introspección y el autoanálisis, sino mediante la prolongada confrontación con la vida y palabra de Cristo, asimiladas sobre todo en las horas de contemplación. Cuando el ejercitante comprueba que una determinada opción de vida que él concibe como posible va acoplándose interiormente con las vivencias que suscita la relación personal con el Señor, puede considerar que dicha opción o camino es el que debe elegir para seguir a Cristo. De lo contrario, cuando determinadas formas de vida que se le presentan como posibles pugnan interiormente con aquellos sentimientos nacidos de una progresiva identificación con Cristo, es señal de que aquéllas

no constituyen el camino que debe elegir para seguir personalmente a Cristo. Este modo de tomar decisiones, mediante la referencia a la palabra y vida del Señor personalmente interiorizadas, será en adelante un medio habitual para discernir las opciones que comporta sin cesar la vida del discípulo de Cristo dentro de una sociedad en cambio continuo y dentro de una Iglesia pluralista donde cada cristiano debe conducirse de modo responsable y adulto.

Por consiguiente, la identificación afectiva con el Señor, que lleva a ver el mundo con sus ojos y a participar de su amor a los hombres, es la que hace al discípulo capaz de discernir y elegir. Así, en la medida en que el cristiano tiene "los mismos sentimientos de Cristo" (Flp 2,5), *alcanza* la capacidad de "en todo amar y servir a su divina majestad" (EE, 233); es decir, llega a transformar su *existencia entera* en experiencia de Dios en Cristo Jesús.

## **Conclusión**

De todo lo que precede podemos, pues, concluir que la aportación de la pedagogía de los *Ejercicios Espirituales* abarca estos aspectos de la vida cristiana:

1) *Dimensión afectiva.* De acuerdo con el principio básico, conforme al cual "el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios" (1 Jn 4,7), los *Ejercicios* ayudan a hacer *real* el amor indisoluble a Dios y a los hombres.

2) *Dimensión espiritual.* El Espíritu nos recuerda y enseña la palabra de Jesús y nos conduce a la verdad completa (Jn 14,26; 16,13). Los *Ejercicios* ofrecen un adiestramiento para progresar en la capacidad de reconocer esta acción iluminadora incesante del Espíritu puesto que son escuela de discernimiento y elección.

3) *Unidad de Vida.* Cristo, que es "camino verdadero y vivo" (Jn 14, 6), atrae e inflama el corazón de quien se pone en contacto creyente con él, y es criterio vivo de discernimiento para tomar las decisiones que implica su seguimiento. Los *Ejercicios*, como guía de una experiencia inmediata de Dios mediada por la contemplación del misterio de Cristo, llevan a realizar con él la unificación de todos los impulsos del ejercitante y de todas las actividades que realiza. Tanto el dinamismo de su afectividad como su ansia de claridad encuentran en el Señor Jesús su centro de atracción y su foco iluminador. Porque sólo el conocimiento interno de Cristo es capaz de generar un impulso de amor y de seguimiento siempre crecientes, y sólo él es criterio vivo de verdad para toda opción cristiana.

Partiendo, pues, de la pedagogía espiritual de los *Ejercicios* como ayuda para una vida de fe unificada en el amor, se pueden deducir algunos *principios* orientadores de una vida cristiana verdaderamente profunda y espiritual.

1º. *Necesidad absoluta de una experiencia de desierto.* Toda la tradición bíblica (Moisés, Profetas, Juan Bautista, Jesús, Pablo...) y eclesial (monjes, Benito, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Charles de Foucauld...) nos muestra la importancia decisiva de alguna forma de experiencia de desierto para alcanzar una vida cristiana madura. Hoy día, esta experiencia "aclararía con su luz el profundo sentido de la vida. Daría el vigor preciso para asumir el destino y fortalecer y purificar la fe. No existe un test más significativo del éxito cristiano" (marcel Légaut)... Por "desierto" no se entiende simplemente un tiempo de soledad y oración, sino un dejarse conducir y educar por Dios en el cara a cara con El: purificación del corazón, contemplación del misterio de Cristo,

discernimiento, confrontación con una hermana o hermano en la fe... La tradición de la Iglesia, antes y después de San Ignacio, ha ofrecido para esto excelentes ayudas bien comprobadas por sus resultados. Sin embargo, los *Ejercicios* están especialmente elaborados como educación *práctica* para vivir en la fe y el amor. Según su autor, son "todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos" (Carta a Manuel Miona, 16 de noviembre de 1536).

2º. *Seguimiento de Cristo personal y creativo.* Toda la vida cristiana se reduce al *seguimiento de Cristo*. Pero el seguimiento es una realidad rica en matices y exigencias. De entre éstas, destaco las siguientes: a) Sostener una *actitud interior atenta* para reconocer el incesante hablar del Espíritu. b) Trabajo personal para *neutralizar las resistencias a la acción del Espíritu* (actitudes no evangélicas, criterios no cristianos). Esta actividad es, en lenguaje ignaciano, la "abnegación", entendida como combate contra todo lo que se opone a la acción del Espíritu o la desvía. Evidentemente, esta *lucha* no es solamente interior, sino que debe extenderse hacia las dimensiones sociales y estructurales de la vida. c) *Oración sobre la vida diaria.* En diálogo con el Señor, como Nicodemo o la samaritana ("como un amigo habla a otro", diría Ignacio), conviene revivir día a día todo lo sucedido en la propia vida, que es el lugar donde se realiza la actual y concreta historia de salvación. En esta actitud de acogida de la propia vida y de gratitud, ya que Dios actúa en ella, se escucha la interpe-lación del Señor, que nos llama cada día a la *conversión* y nos *invita al seguimiento siempre creativo*, descubriéndonos zonas nuevas donde vivir y plasmar el evangelio en la situación personal y social en que uno se halla. Es muy posible que, intentando vivir el

seguimiento de Cristo de este modo, con atención constante a su llamada y en disponibilidad a los impulsos del Espíritu, se vaya experimentando aquel "gozar", aquel "hallar", aquella "paz", aquella "devoción", etc. que, según Ignacio, son connotaciones afectivas de una vida cristiana centrada en la búsqueda de Dios y su Reino.

39. *Familiaridad con Cristo en la contemplación evangélica.* El seguimiento de Cristo supone, de manera ineludible, la práctica habitual de la contemplación de su vida y la escucha de su palabra: progresar en el conocimiento interno del Señor, del cual fluye un mayor *amor* plenamente polarizado en él y más gratificante espiritualmente, y una fidelidad creciente al *seguimiento en la vida de cada día*, en todas sus circunstancias.

40. *Diálogo espiritual.* El diálogo regular, aunque no sea muy frecuente, con una persona *espiritual* (mujer o varón, sacerdote o laico) es buena garantía de acierto en medio de las mil oscuridades, dificultades y posibles engaños que llenan el largo camino del seguimiento. Este diálogo, aplicación práctica de la *fraternidad* que comporta la vida de fe, por otro lado absolutamente personal y libre, debería realizarse con alguna persona experimentada en la práctica habitual del encuentro con Dios *en la vida* y no sólo *en la vida interior*, al margen de la espesa realidad de la existencia corriente de los hombres: como Jesús de Nazaret, que buscaba siempre la gloria del Padre, pero que saboreó el peso y la alegría de la condición humana en sus años nazaretanos y también en su vida pública, y fue siempre "hombre para los demás".

Estos *principios* son un intento de trasposición simplificada a la vida cotidiana de las orientaciones espirituales fundamentales de los *Ejercicios*, los cuales

constituyen una ayuda para vivir la compleja trama de nuestra existencia humana en el amor a Dios y a los hermanos: "en todo amar y servir a su divina Majestad".

(De la revista **SAL TERRAE**, Santander (España), Nº 2, Febrero 1991, págs. 91-102).

---

El poder sirve para muchas cosas. Pero no sirve para que los hombres se vuelvan buenos: no sirve para liberar o sanar la libertad humana, sino sólo para suprimirla. La gracia, en cambio, hace buenos a los hombres y libera la libertad humana.

El poder obliga, la gracia ayuda. El poder crea cuarteles o campos de concentración; el carisma edifica comunidad. El poder impone silencio; el carisma habla hasta con su silencio. El poder sólo es capaz de transmitir. El poder sospecha siempre, desconfía siempre; el carisma alienta siempre, apuesta siempre.

El poder se ama a sí mismo; la gracia ama a los hombres. El poder se atribuye carismas; el carisma no se atribuye poderes. Y por eso, el poder acaba por levantar la cruz, y el carisma acaba por morir en ella. En una palabra: el poder es de este mundo, como todos los sanedrines; el carisma es del cielo, como Jesús.

J.I. GONZALEZ FAUS. Parabólas, cartas y ensueños del rabino Ben Shalom.